

## LA LEYENDA DEL AGUILA

//=====//

Dada mi condición de jubilado dispongo de muchas horas de ocio, siendo consciente de que debo de mantenerme activo, ya apartado de las responsabilidades que conlleva el trabajo estoy plenamente convencido de que no me puedo quedar inactivo, esa decisión no sería buena ni para mi ni para el entorno familiar, precisamente, para no caer en la rutina de la monotonía. Una de mis debilidades, especialmente cuando hace buen tiempo, son mis paseos por el campo, porque me proporcionan un sinfín de placeres. Por ejemplo, me entusiasma subir a la montaña, recibir de lleno las brisas y los aromas de la flora silvestre, disfrutando además de esa enorme variedad de la fauna salvaje que aporta inolvidables momentos. Es verdaderamente alucinante esa sensación de vivir inmerso en ese mundo de fantasía. Si yo fuera poeta cantaría con amor mis experiencias de los maravillosos paisajes, así como la sublime espiritualidad que entraña semejante contemplación.

De vez en cuando tengo necesidad de mirar el reloj, porque en mis ensoñaciones estoy tan abstraído que alucino al observar como hierve la vida en cada rincón de tan sabia naturaleza, circunstancia por la que pierdo la noción del tiempo. Luego me apetece iniciar el descenso hacia un pequeño riachuelo que discurre por las cercanías, dejando atrás el bravío de la montaña para encontrar y disfrutar de la dulzura del valle, alucinado por la sensación de los contrastes, profundamente sorprendido por las panorámicas que enamoran los sentidos. Tanta variedad se pone de manifiesto, por la sencilla razón de que existe, cada zona nos muestra sus peculiaridades, no es exactamente lo mismo observar detenidamente que pasar de largo, todo se valora en función de la atención que se ponga en el análisis, porque la vistosidad y colorido del paisaje gallego es de tan extraordinaria belleza que resulta casi indescriptible.

En mis habituales paseos por el campo, con bastante frecuencia me encanta sentarme a la orilla del río, para contemplar las vicisitudes en el desenvolvimiento de la vida en el medio acuático .

Indudablemente, se trata de una experiencia inolvidable, por eso la repito siempre que tengo la ocasión de hacerlo, porque, aparentemente, da la sensación de que apenas hay vida, pero si la observamos detenidamente, resulta increíble.

Una faceta que considero de suma importancia en mis aventuras por el campo es la posibilidad de charlar con los campesinos que encuentro por el camino, una gente sencilla que vive pegada a la tierra, porque vive de sus recursos, especialmente, de la agricultura, una actividad que, afortunadamente, ha mejorado substancialmente los últimos años, con la aparición de la maquinaria moderna.

Aunque, a simple vista no lo parezca, la gente del campo posee un bagaje cultural que constituye un auténtico tesoro de extraordinario valor, verdaderamente interesante, mucho más de lo que se piensa, en realidad, una fuente inagotable de conocimientos insospechados que suelen ser la base de nuestras tradiciones.

A los campesinos gallegos se les suele considerar como tímidos y desconfiados, pero quien así opina comete un grave error, lo que si puede ser verdad, con referencia al

protagonismo, que prefieren pecar por defecto que por exceso, además son tan inteligentes que hasta son humildes por naturaleza. A través de muchas generaciones fueron añadiendo eslabones a la memoria histórica, porque en el arcón de los recuerdos se sostiene nuestra tradición, la forma de vida de nuestros antepasados. Cuando logramos ganar su confianza nos damos cuenta de la sencillez de esta gente profundamente encantadora. Con cierta nostalgia nos cuentan sus inquietudes, las dificultades de la vida en el campo, son tantas las preocupaciones que les agobian que se les observa como asustados, ante la falta de perspectivas de futuro, la inevitable desertización del medio rural, esa posibilidad mucho les duele; sin embargo, pecan de idealistas cuando hablan de los encantos de la tierra amada. En ella nacieron, en ella sueñan y sufren, dan su vida por ella, viven y mueren en ella y desean, entrañablemente, reposar en ella.

En mis devaneos aventureros, vagando sin rumbo a campo través, con demasiada frecuencia me adentro en zonas boscosas, soy un fanático de nuestra incomparable vegetación autóctona, tan exuberante ella; me asombra la contemplación de los árboles gigantescos, con varios siglos de existencia y alucino ante ese aspecto fantasmagórico que nos ofrecen. En tan grandiosos monumentos vegetales anidan las aves silvestres, porque la inmensidad del bosque les sirve de fortaleza. También me atrae ese peligroso caminar trepando por los montes, sorteando las sinuosidades del terreno y luego descender, hasta alcanzar la orilla del río, penetrando en la espesura que lo bordea. Estas corrientes que serpentean entre las montañas de nuestra incomparable Galicia nos ofrecen un atractivo especial que, con su musical caminar, bajan peinando riberas. En mis ensoñaciones por estos parajes, sinceramente, me siento distinto, su singularidad es profundamente sublime, porque nuestros paisajes nos brindan los más bellos cuadros que se puedan imaginar, siendo obra del más grande de los pintores

Otro pasatiempo que no me pierdo es el de mis excursiones por nuestro excelso paraíso, la Ribera Sacra, sueño con los cantares de las aguas del Miño y de los pequeños riachuelos que desembocan en él. En el borde de la corriente me siento en una piedra y doy rienda suelta a mis pensamientos que vuelan como el viento sobre el espejo del líquido elemento, recuerdo los tiempos pretéritos, cuando los romanos hurgaban el lecho del río en la búsqueda de pepitas de oro y, años más tarde serían los árabes.....Luego comienzo mi ascensión por las riberas, cruzando banales por escaleras de losa, y me siento incapaz de eludir la extraña sensación de que voy pisando los pasos de mármol del palacio de la historia del tiempo y, cuando en mi camino se interpone el románico, entonces desvarío en mi inusitado placer de penetrar silenciosamente en ese mundo fantástico de los sueños y la sublimidad espiritual.

A lo largo de la historia de la humanidad se publicaron infinidad de enciclopedias de ciencias naturales, autores y editores buscaron con el máximo interés la perfección de sus obras, pero no se puede mejorar lo que ya está escrito desde los orígenes, porque todos sabemos que no se puede superar la magna obra de la Creación. No existe tratado de Pedagogía, Metodología o Didáctica que ofrezca la calidad de la propia naturaleza.

Era un espléndido día, casi sin darme cuenta me fui alejando, hasta llegar a uno de los valles más hermosos de nuestra tierra, acogedor lugar de Pacios, un pequeño y bello tiesto en nuestro jardín. Las acacias estaban en flor, su aroma era inconfundible, su color amarillo encajaba perfectamente con la sinfonía de verdes que ofrecía el paisaje. Caminaba por los senderos escuchando las melodías de los pájaros en concierto. Las brisas de lo agreste acariciaban mi cara, me sentía libre y feliz.

Contemplando un enorme caserío, recientemente construido por un retornado de la diáspora, en recuerdo de cuando pensaba en su lejana y escondida Galicia, donde la morriña brilla como la luz del Sol y de la Luna, una tierra llena de misterio y embrujo que la mayoría de los gallegos no sabemos apreciar en todo lo que vale. Este pueblo religioso y supersticioso a la vez, fue la musa de inspiración de nuestra eterna Rosalía de Castro, de Curros Enríquez, Castelao, Eduardo Condal y tantos otros. Nadie cantó los encantos de esta tierra meiga como ellos. Conocer Galicia es una experiencia inolvidable, merece la pena, porque en el fondo es una tierra entrañable que cautiva a cuantos tienen el privilegio de conocerla. Nuestros emigrantes la pasearon por el mundo entero y, con el paso de los años retornaron con las experiencias innovadoras de otros países, ganaron, con su esfuerzo, mucho dinero y nos trajeron la luz del progreso.

En esta interesante aventura tuve la dicha de encontrarme con un viejo amigo, precisamente, vecino del citado lugar de Pacios. Ya en ocasiones anteriores habíamos tenido agradables conversaciones, porque se da la circunstancia de que siempre me cuenta alguna anécdota curiosa. Nos saludamos amigablemente mientras recordamos los viejos tiempos. Nos sentamos sobre un muro de piedra y, tranquilamente, fumamos un cigarrillo. Poco a poco nos fuimos relajando, cuando ya dábamos las últimas caladas me comentó que el lugar donde vivía era una especie de paraíso para las águilas y gavilanes, y de pronto me preguntó si conocía la leyenda del águila. Ante mi negativa me prometió que él me la contaría, pero antes de comenzar me explicó ciertas características de estas aves rapaces: Las águilas son de la familia de las falcónidas y orden de las rapaces. Superan a todas las demás en fuerza y destreza, de vuelo rápido, haciéndolo a gran altura. Se las conoce además como Reina de de todas las aves.

Los gavilanes son de la misma familia que las águilas. Tienen muy desarrollados los sentidos de la vista y el olfato, son mas pequeños y se les conoce como “aves de rapiña”.

Mi amigo, con mucha facilidad de palabra y dominio de sí mismo, comenzó la narración de forma tan amena que era un placer escucharle.

Inició la leyenda afirmando que el lugar donde él vivía era refugio de águilas y gavilanes, pero haciendo hincapié en un ejemplar de águila único. Nació en este lugar hace unos años, siendo muy joven todavía ya se intuía que destacaba de todas las demás, según todos los indicios poseía cualidades excepcionales que la diferenciaban de sus compañeras en el arte de volar, hasta el extremo de que llamaba la atención de todos los vecinos del lugar. Era tal la perfección de su vuelo que despertaba la envidia de las otras águilas y la admiración de los gavilanes. Se daba la circunstancia de que, en cuanto el águila remontaba las alturas, los gavilanes se colocaban en las ramas de los árboles, para contemplar la elegancia, el dominio y la maestría de vuelo de la Reina de las aves.

Sus compañeras, veladamente, trataban de imitar aquella calidad de vuelo, para igualarla, pero su esfuerzo resultaba inútil ante la posibilidad de alcanzar la misma perfección y no estaban dispuestas a soportar esa supremacía.

Los días nublados la Reina emprendía su vuelo hacia las alturas, hasta que desaparecía por encima de las nubes, con frecuencia, dada su tardanza en regresar, daba la impresión de que se había perdido, porque tardaba horas y horas en aparecer de nuevo. Sus compañeras hacían esfuerzos inauditos para interceptar sus exhibiciones de vuelo, pero sus continuados intentos resultaban obsoletos. La observación de su arte volar era de una belleza inusitada, por algo era objeto de tanta admiración, tanto por los gavilanes como por los vecinos del lugar. Recuerdo perfectamente una frase del

narrador, que llamó poderosamente mi atención: “Cuando se posa en lo más alto de las ramas de un árbol, con las alas semiabiertas, adquiere la majestad que ostenta la que colocaron en el obelisco de la plaza de Santo Domingo, en Lugo, conmemorando el segundo milenio”.

Mi buen amigo estaba tan profundamente impresionado y obsesionado con las aventuras de la Reina de las alturas que incluso adquirió unos prismáticos de largo alcance, para seguirla en sus cotidianos viajes en los que, según él, practicaba increíbles malabarismos.

En los días despejados nuestra protagonista iniciaba su habitual vuelo por el espacio infinito con una serie de movimientos acrobáticos, verdaderamente alucinantes. Los

campesinos de la zona, entregados a las labores del campo, con mucha frecuencia dejaban la faena y se quedaban mirando, con la boca abierta, lo que consideraban una auténtica fantasía, porque el águila, sistemáticamente, antes de poner rumbo a las alturas, daba unas cuantas vueltas sobre el lugar. En todas sus actividades era vigilada, malévolamente, por las envidiosas compañeras.

Como consecuencia del convencimiento, por parte del colectivo de águilas de que jamás alcanzarían la cota vuelo de la que tanto envidiaban, decidieron confabularse en contra de ella. Con ese objetivo le declararon la guerra a muerte, y se organizaron en grupos de tres a cinco águilas dispersas por toda la zona para, en el momento oportuno, pasar al ataque.

Llegó el fatídico día, lucía espléndido el Sol y el águila emprendía su cotidiano viaje, dando las vueltas de rigor sobre el lugar, con la normalidad habitual, pero cuando intentó ganar altura, comenzaron a cruzarse grupos de águilas compañeras que le cortaban el paso, Luego se lanzaban sobre ella, dándole fuertes picotazos, al mismo tiempo la herían con las garras. Pasaban con la velocidad del rayo sobre ella, cuanto más débil la veían más intensificaban el ataque, daba la sensación de que intentaban seccionarle las alas. Desde el principio la nota dominante era el ensañamiento en tan brutal ataque. Tal como era previsible, la víctima, herida de muerte cayó en un matorral. Las águilas asesinas sobrevolaron la zona, para asegurarse de su pírrica y mezquina victoria. Después de varias vueltas, convencidas del éxito de su ataque, se retiraron, dejando la zona despejada.

En cuanto el espacio quedó libre de aquellas malditas águilas, dominadas por la envidia, los gavilanes, testigos presentes en semejante ignominia, acudieron solícitos, para prestarle los primeros auxilios a la pobre víctima de tan salvaje ataque. La hallaron tirada entre la maleza, completamente extenuada y cubierta de sangre, daba la triste impresión de que se estaba muriendo, salvarla de la muerte parecía prácticamente imposible; sin embargo, los gavilanes nunca perdieron la esperanza y decidieron organizarse entre ellos para lograr ese milagro. Mientras unos se dirigían a un manantial, donde introducían la cola en el agua que, luego, como si cepillo fuera, con las plumas mojadas refrescaban y lavaban las heridas; otros traían plantas medicinales con las que cubrían todo su cuerpo, para cortar las múltiples hemorragias ocasionadas: otros, en un espacio cubierto, construían un cómodo cubil, usando materiales muy finos, pelos y fibras vegetales para que no se agravasen sus heridas. Los gavilanes cuidaban de ella como si fuera una criatura recién nacida.

A medida que pasaban los días, aunque con desesperada lentitud se inicia la milagrosa recuperación de la víctima. No cabe duda de que si los gavilanes no hubieran acudido en su ayuda, irremisiblemente, hubiera muerto en las primeras horas, porque la situación

en que la dejaron las compañeras asesinas era de extrema gravedad, aunque, afortunadamente, no hubo lesiones en los órganos vitales. Después de un mes de cuidados intensivos, por parte de los gavilanes, ya se mantenía de pie y hacía ejercicio con las alas, la parte más afectada en tan dramático asalto. A los dos meses ya hacía vuelos cortos, de árbol en árbol. Aquellas terribles lesiones comenzaban a remitir, todo parecía indicar que no quedarían secuelas de consideración. Los gavilanes mantenían la ilusión de contemplarla de nuevo en sus exhibiciones. Fue tan decisiva su solidaridad, hasta le proporcionaron, durante meses, el alimento necesario para sobrevivir, porque ella no estaba en condiciones de conseguirlo.

Pasados los seis primeros meses practicando todo tipo de ejercicios el águila se había recuperado de tal forma que, de nuevo había recuperado la fuerza, la destreza y la rapidez de vuelo, con la misma elegancia y serenidad de siempre. Prácticamente ya estaba en condiciones de hacer todo lo que antes hacía; sin embargo, era consciente de que sus compañeras continuaban al acecho, vigilando cada uno de los movimientos que realizaba. Había recuperado sus excepcionales cualidades, pero vivía atemorizada.

Fuera por precaución o por miedo, la reina de las aves y de las alturas no rebasaba los límites impuestos por sus acérrimas enemigas, aunque, reservadamente, hacía alarde de sus extraordinarias posibilidades, no superadas por nadie, precavida, pero no vencida. A pesar de la brutalidad del ataque no había perdido ni un ápice de sus excelentes dotes, seguía majestuosa con su mágico vuelo, porque volaba con la misma vistosidad de siempre, pero con las precauciones pertinentes, para no despertar la envidia de las demás.

Si bien antes gozaba de libertad plena para exhibirse tal como era en aquellas magníficas intervenciones con marcas imbatibles, ahora ese atributo estaba condicionado por la traicionera actitud de sus compañeras y le afligía la nostalgia de aquellas maravillosas aventuras, alejada de la algarabía mundana, mientras disfrutaba de la soledad en la inmensidad del espacio. Esa experiencia era para ella como un remanso de paz. Su vida era como una fantasía, había nacido para mandar, el camino parecía despejado, poseía todo lo necesario para triunfar, pero la envidia se cruzó en su camino, y jamás fue buena compañera de viaje, por ello destrozó sus aspiraciones.

Los habitantes de aquella localidad y los gavilanes de toda la comarca seguían en la misma línea de admiración por su águila favorita, especialmente cuando navegaba por el espacio, como un velero, por el agua.

Considerando que su libertad estaba limitada por la adversidad, con frecuencia se refugiaba en lugares reservados, como un pequeño valle rodeado de tupida vegetación arbórea, allí seguía ostentando su indiscutible protagonismo en el arte de volar, haciendo gala de increíbles habilidades con el mismo dominio que siempre la caracterizó.

Pudo alcanzar la máxima cota tenía talento y méritos sobrados para lograrlo, pero la traición de las que debían de ser amigas arruinó su vida, porque, como hemos comprobado, tuvo la desgracia de sufrir un injusto atropello. No perdió la vida y aquella supremacía de siempre quedó intacta y sigue siendo la reina de las aves, aunque sometida a ciertas prohibiciones y nada podía hacer para evitarlas. Rematada la narración de la leyenda guardamos unos minutos de silencio, luego decidimos fumar otro pitillo, para relajarnos y, entre caladas, comentamos las injusticias de las que había sido víctima el águila, reconociendo que, por desgracia, es un fenómeno bastante frecuente. Menos mal que, en el caso que nos ocupa, ella sigue viva, pero siendo consciente de que la repetición del milagro sería quimera.

Ante la proximidad de la noche se hacía necesario poner punto final. Después de una cordial despedida de mi amigo me puse en camino, de regreso a casa. Recuerdo perfectamente que caminaba ensimismado meditando sobre la grandeza y el infortunio del águila.

En la vida de los seres, especialmente, en algunas especies el hecho de poseer cualidades un tanto excepcionales, puede ser causa de peligros inminentes, incidiendo en la propia vida.

Son dignas de mención ciertas consideraciones sobre la posibilidad de que en la historia exista algo de leyenda, así como en la leyenda haya algo de historia.

Sócrates Rigueira Ramos